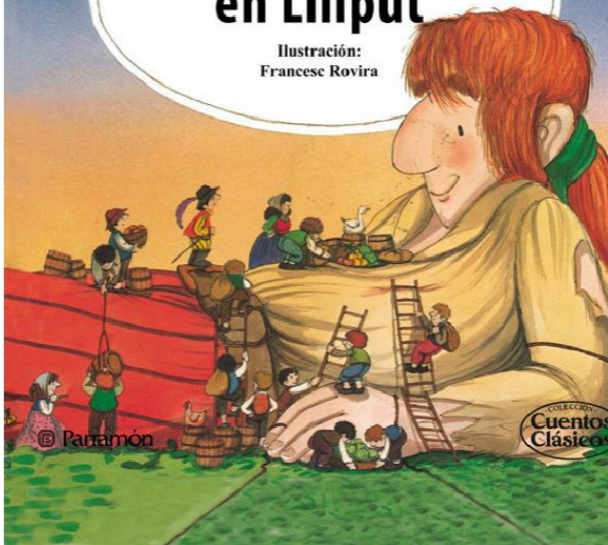


J. SWIFT

Gulliver en Liliput

Ilustración:
Francesc Rovira





El rey de Liliput se enfadó tanto, que a Gulliver no le quedó más remedio que cruzar el canal e irse a Blefuscu, donde fue bien recibido, a pesar de que se había llevado sus

barcos.

Un día, Gulliver encontró una barca apropiada a su tamaño, que la marea había arrastrado hasta la playa. Pidió entonces permiso al rey de Blefuscu para que sus súbditos le ayudaran a reparar la barca, con la que intentaría regresar a su lejano país.

Cuando la barca estuvo lista, Gulliver se dispuso a partir. Pero antes logró que los reyes de Liliput y de Blefuscu firmaran la paz y que dejaran en libertad a sus súbditos para que cada uno cascara el huevo por la parte que creyera más conveniente.



Por fin, una mañana, Gulliver se despidió de los blefusquianos y de los liliputienses y se hizo a la mar.





Cuando llevaba remando varios días, con sus noches, y había empezado a creer que acabaría en el fondo del mar, avistó en lontananza las grandes velas desplegadas de